

José Luis Fajardo.

que él es canario —tinerfeño: lagunero—, es decir, americano anticipado. Fajardo "pinta" hollando planchas de aluminio o tal vez añadiéndole algún otro elemento mecánico, pero sin la utilización del color. ¿Y desde cuándo "pinta" así? No quiero entrar ahora en antecedentes más o menos historicadores, pero mucho menos quiero caer en la tentación de llamarle a sus productos "esculto-pinturas", por casi nada más que porque ese es un "palabro" que me cae muy mal: que es muy feo. Y, además, porque no: porque pese a su manipulación "escultórica", Fajardo es un pintor. Su plancha bidimensional acoge alguna forma cuya dicción es bidimensional y algo más: esa volumetría proyecta sombras y luces que tienen función cromática, aunque no use el color propiamente dicho. Pero, sobre todo, Fajardo usa placas impolutas que no serían nada sin las mínimas huellas más o menos corpóreas que él inscribe en ellas. No serían nada sin eso, digo, porque, antes de realizar esas huellas, el "blanco" —por así llamarlo— de la placa vendría a ser el vacío en estado puro. Al señalarlas intencionadamente, ese blanco deja de ser vacío —pura extensión— para convertirlo en espacio —extensión con dimensión—. Porque cada una de esas huellas —sean las que sean— son puntos de referencia. Y eso, los puntos de referencia, es lo que le da dimensión a la pura extensión.

Antes, lo de Fajardo incorporaba formas sólo por magullamiento. Ahora, en esta última exposición, las incorpora también por rasgado, cosido de algún otro metal e incluso por el trazado lineal y hasta levemente pictórico. Eso puede ser que signifique un enriquecimiento.



Fernando Maza.

## Fernando Maza Galería Aele de Claudio Coello. Madrid

Ese Fernando Maza es de la Argentina: una de las tierras más fuertemente pictóricas del mundo. Sin duda debe tener bastante desarrollado el sentido del humor. Creo que si hubiera nacido veinticinco años antes, habría practicado el cubismo. Pero como llegó tarde, se limita a tener un conocimiento de ese como de otros grandes movimientos del siglo XX. En el fondo, lo que a él le entusiasma realizar en tanto que pintor —y todo pintor se mueve por entusiasmos inmediatos— es la transformación cúbica de las cosas. Hay otro aspecto muy visible de su pintura que cualquier espectador puede considerar como su motivación fundamental: la utilización de los signos escriturarios o numerarios como protagonistas de su figuración... Pero me parece que no, que ese es un aspecto lateral de su problema pictórico. Fernando Maza usa —creo— signos escriturarios como podría utilizar cualquier otro elemento si éste le permitiese acceder a la cubistización formal que en el fondo prefiere su pintura. Lo cual nos lleva como de la mano a otro problema: en realidad, el mundo figurado de Fernando Maza es indiferente para el pintor. El, lo que necesita —y creo que lo necesita vitalmente— es pintar. Yo no sé, no lo conozco, pero me parece que ese es un pintor que disfruta con su trabajo, que se lo pasa bien pintando. Y no lo digo sólo porque en toda su obra se vislumbra como un elemento lúdico, sino porque en ella se advierte también

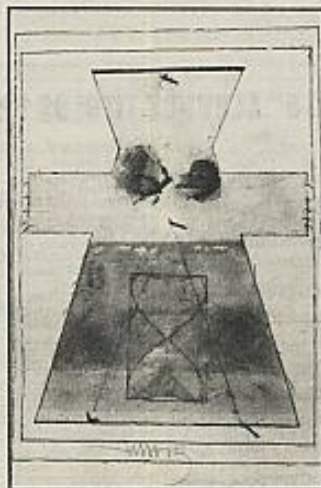
la huella de la alegría de pintar. Es lógico que de todo eso se desprenda, además, más que un gran sentido del humor, una cierta sonrisa. Pues sí. Ese país —la Argentina—, a pesar de sus dimensiones, me parece que es uno de los que producen mayor número de pintores por kilómetro cuadrado. Y, además, pintores que están bien: que están en el secreto de lo que debe ser la pintura. ■ José María Moreno Galván.

## Frederic Amat

De Frederic Amat se empezó a hablar muy pronto. Su primera exposición —dibujos y "environnement"— data de 1970, cuando el artista cuenta dieciocho años. Desde entonces ha estado presente en diversas colectivas de arte catalán, ha viajado a los Estados Unidos con una beca y participado en acontecimientos muy diversos —decorados y figurines teatrales, montaje de "acciones" musicales y diversas actividades de vanguardia—. La presentación ahora en la nueva Galería Trece, de la Rambla Cataluña, viene a suponer para él un reconocimiento y espaldarazo de toda esta labor.

Hay en Amat, indudablemente, una personalidad interesante, fuerza y gran valentía. En nuestro panorama actual, más bien conformista, la obra de este joven artista sorprende por su atrevimiento. Se le ve seguro, pisa fuerte, no le importa equivocarse.

El color es muy cálido y, sobre todo, violento. Sí, la violen-



Frederic Amat.

cia es otra de sus características: quizá acompaña, como la otra cara, ese atrevimiento para ahogar las lógicas inseguridades que pueden surgir. En el color existe una buena dosis de espontaneidad, aunque también se advierte una cierta disposición muy consciente de las bandas y zonas de color, con miras a ciertos efectos. Pero esta actitud deliberada, donde es más evidente es en los elementos de que se vale. Esos pescados, cañas y caparazones de tortuga no siempre están justificados: resultan sobrepuestos a una pintura que parece concebida por separado y que acaso ya estaba resuelta. La obra, entonces, parece falta de estructura y como cruda: la propia obra no ha digerido esos elementos, que resultan así demasiado evidentes. Por todo ello no es extraño que las obras más felices, más logradas, sean las realizaciones en papel y las pinturas de menor formato. A los elementos incorporados no se les ha dado en ellas tantas posibilidades para destacarse, y resultan integrados. A veces parten del Tapies último, aunque haya siempre algo que las hacen suyas. Porque no cabe duda de que Frederic Amat dispone, junto a unas evidentes dotes artísticas, las bases de su propio lenguaje.

En conjunto, la obra de Amat se hace notar por sus contrastes, provocados o no. Uno de los resultados es la ruptura del buen gusto, que, aunque resulte exagerada a veces, tiene la ventaja de apartarle de un camino que, en la tradición más reciente, podía ser demasiado cómodo y fácil. Contrasta también el carácter natural de elementos como pescados, cañas, ramas y cuerdas, y lo artificioso —visiblemente "artístico" quiero decir— del color. Pero en el color sobre todo, más aún que en los signos, están el misterio y el mayor interés. Es un color que vibra vital y descaradamente, al unísono de los signos eróticos. Porque lo que probablemente se busca, o se ha encontrado, es la necesidad de recomponer, con fuerza no reprimida, una imagen, que aquí es ya claramente antropomórfica, reveladora de "esa zona ambigua —de que nos habla Francesc Vicens en la presentación— que existe entre la realidad y el sueño." ■ J. CORREDOR-MATHEOS.